

MEMORIA DE JIRAFAS

RETRATOS FAMILIARES

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de cubierta y de interior: Flor Guga

© 2019, María del Rosario Laverde
© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-8108-1
ISBN 10: 958-42-8108-9

Primera edición impresa en esta colección: septiembre de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

MEMORIA DE JIRAFÁ

RETRATOS FAMILIARES

**María del Rosario
Laverde**

ILUSTRACIONES DE **Flor Guga**

**PRIMERA PARTE
TODAS LAS FAMILIAS TRISTES
SE PARECEN**



CAPÍTULO I



Mi cobija de frutos era roja. La habían usado para envolver a mi hermano recién nacido años atrás y yo por alguna razón me apegué a ella más que a cualquier otro objeto. Tenerla en mi nariz era todo lo que necesitaba para sentirme a gusto con mi existencia.

A mi padre, que era médico, le inquietaba el daño que le podría hacer a mis vías respiratorias. A mi abuela Pita, que era casamentera, le preocupaba que nunca fuera a conseguir esposo por culpa de mi dependencia.

Al salir de casa lo último que hacía era oler la cobija, al llegar era lo primero. Si dormía en otra parte la empacaba antes que todo lo demás. No soportaba que la echaran a lavar o que la cambiaran de sitio. Si no la encontraba, enloquecía.

Ella llenaba mi vacío y suavizaba mis carencias. Provocaba muchas risas en otros que la llevara conmigo. Nuestra relación era difícil de entender para la mayoría de los mortales que me rodeaban. Si no hubiera creído erróneamente que ya era tiempo de deshacerme de ella a los 27 años, gracias a un psicoanalista argentino, no viviría con la sensación permanente de que me falta un pedazo de mí.

CAPÍTULO 2



Solía salir con algunas vecinas a la pequeña montaña que aún está frente a mi casa paterna. Sacábamos cualquiera de nuestros juguetes y armábamos tardes de fantasía.

Todo lo que tenía Paty Castaño era lo mejor. Recuerdo que en su primera comunión le regalaron tres hula-hulas de distintos colores, y yo que era una experta no tenía ni uno. Sentía una envidia infinita. Uno de mis tesoros era una plancha que tenía ruedas como las de un carro y unos ojos que bailaban con su andar. Me la había traído mi papá de los Estados Unidos.

Una tarde, mucho antes de que el barrio fuera encerrado entre rejas, me encontraba con Martha, mi vecina del tercer piso, cuando llegaron unos niños de la

calle, más grandes que nosotras, a robarnos. No recuerdo cómo mi papá se dio cuenta, pero él, gigante y valiente, salió con un palo de escoba corriendo tras los ladrones, aún oigo su voz gritando: «El que tenga la plancha le voy a romper este palo en la mula». La conservo como uno de los tesoros más preciados de mi biblioteca.

CAPÍTULO 3



Un día llegué del colegio y supe que mi padre estaba en el hospital. Lo había atacado un toro que se salió de uno de los corrales de la Facultad de Veterinaria de la Universidad Nacional.

Como su segundo apellido era Toro, en la familia estábamos acostumbrados a las bromas sobre ello y no les prestábamos importancia; solo nos reíamos.

La versión que escuché sobre el accidente fue que él caminaba por la universidad y, pese a los gritos de los alumnos que veían de lejos al toro aproximarse a mi padre, «profesooooor, cuidadooooo, se soltó un toroooo...», él lo tomó a broma y les ignoró, hasta que el animal lo embistió.

Otra variante de la historia dice que él intentó calmar al animal, y este le correspondió con dos costillas rotas; en cualquier caso, al llegar a verlo al hospital, mi padre me recibió con una sonrisa de oreja a oreja, me metió en su cama y me preguntó: «¿Cómo estuvo tú día?».

CAPÍTULO 4



De repente supe que el señor al que le tomaba la mano no era mi mamá. No sé si entré en pánico o si solo le conté que estaba perdida. Caminamos sin soltarnos. Una señora con la que nos cruzamos le dijo al hombre que un par de calles atrás vio a una mujer y un niño dando alaridos. Sin duda me buscaban. Dicen que me aferré durante horas al cuello de mi madre. Quisiera recordarlo pero no puedo. Ni siquiera reconozco el lugar de los hechos, a pesar de pasar a diario por la zona. Ese fue el primero de mis muchos extravíos en Chapinero, memorable para mi hermano, que lloró durante mucho tiempo recordando su temor de no encontrarme nunca.

CAPÍTULO 5



La ventana de mi cuarto en la casa paterna tenía la mejor ubicación del barrio, estaba frente al parque donde se reunían todos los amigos los domingos. No había encuentro que me pudiera perder. No sé cuántos balones rompieron mi vidrio, ni cuántas citas acordé desde ahí. Amaba los ruidos que provenían desde afuera. Señal inequívoca de barrio y juventud.

La mañana en que la bomba del DAS explotó, conversaba con mi hermano desde mi cama y unos segundos después de que él cayera al piso, mi ventana y las de la casa, al igual que todas las del barrio, se quebraron sin parar durante varios minutos. No nos atrevíamos a asomarnos porque escuchábamos un gran ventarrón, que nos hizo creer que quizás un avión habría caído en

medio del parque. Los vidrieros tardaron meses reparando el caos.

Cuando voy a ver a mi madre, no puedo evitar asomarme al parque y desconocerme.

CAPÍTULO 6



En Santa Ana, la finca de mi abuela Pita, compartí la propiedad de un poni llamado Ping Pong con mi hermano y unos primos. Todos nos creíamos un poco más dueños que el resto.

No hubo nada peor que los eternos viajes en flota Vелotax para llegar al terminal de Ibagué y esperar el jeep que nos subía hasta el fin de la vereda donde quedaba la casa. Una náusea permanente acompañaba cada trayecto.

Recuerdo pasar horas balanceándome en la hamaca del segundo piso y golpearme la cabeza más de una vez por no hacer caso a las demandas de los mayores de detenerme.

¿Cuáles mayores? No recuerdo a ninguno. Al menos en el paisaje de mi cabeza.

Por el contrario, no olvido a un pavo que alguna vez tuvo mi mismo tamaño y que me miraba con ojos de odio mientras me correteaba con ganas de devorarme a picotazos.

Al trapiche nunca fui aunque olía delicioso. Según alguien, quién sabe quién. Podría tener un accidente si me acercaba.

Lo que más me gustaba era dejar rodar entre mis dedos las pepas de café mientras se secaban al sol. Era parecido a jugar con el agua de una piscina, pero sin refrescarse.

Hay dos nombres de empleados en mi memoria, pero sus rostros desaparecieron hace tiempo: Parmenio y Agapito. Quizás solo los recuerdo por lo feo de sus nombres.

Entre las leyendas familiares se repitió durante años la historia de los guerrilleros que en tiempos de la Violencia tomaron prestadas unas mulas camino de un combate, y los sobrevivientes, las trajeron de vuelta, con sus muertos a lomos.

Cuando mi abuela ya no pudo hacerse cargo de la administración de la finca la vendió para dedicarse a la ancianidad y para que nosotros nos dedicáramos a extrañarla.

Lo último que supe del lugar, hará unos 10 años, fue que el frente 43 de las Farc lo habitaba. Se lo expropiaron a quien lo compró.

CAPÍTULO 7



Mi abuelo Luis me convenció de que yo sabía cantar. A toda hora quería oírme interpretar *Llamarada* (la única canción que me sabía), Y como al principio no quería, él decidió pagarme por hacerlo.

Con una sonrisa dulcísima sacaba un billete de dos pesos de su billetera y yo arrancaba con: «Necesito olvidar para poder vivir, no quisiera pensar que todo lo perdíííí...».

2 pesos alcanzaban para 10 arequipes de 20 centavos.

Fue con él con quien leí mi primera palabra en Colsubsidio de la 26:

«Nesquik».

Aún desayuno con Nesquik y canto *Llamarada* cuando lavo los platos.

